

LUMINARES



OSVALDO REBOLLEDA

LUMINARES



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Cristo el verdadero Luminar.....	10
Capítulo dos:	
Nuestra nueva identidad.....	19
Capítulo tres:	
Luminares de una generación maligna.....	24
Capítulo cuatro:	
La luz del carácter cristiano.....	32
Capítulo cinco:	
Alumbrar fuera del culto.....	39
Capítulo seis:	
La evidencia de la luz.....	45
Capítulo siete:	
Cuando la carne eclipsa la luz.....	52
Capítulo ocho:	
Tinieblas disfrazadas de espiritualidad.....	57

Capítulo nueve:	
Vivir Reino para alumbrar correctamente.....	63
Capítulo diez:	
La luz que incomoda pero guía.....	68
Capítulo once:	
El liderazgo al servicio de la Luz.....	75
Capítulo doce:	
Una Iglesia que resplandece en el mundo.....	80
Epílogo.....	85
Reconocimientos.....	89
Sobre el autor.....	91



INTRODUCCIÓN

“Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre pueblo santo.”

Efesios 1:18

Vivimos tiempos en los que la oscuridad ya no se disimula. Las tinieblas han dejado de esconderse y avanzan con una naturalidad inquietante sobre la mente, los valores y la conducta de las personas. Lo que antes se llamaba mal hoy se celebra, lo que era vergonzoso ahora se exhibe, y lo que era verdad muchas veces es relativizado, diluido o rechazado. En medio de este escenario, la Iglesia se encuentra frente a una tensión decisiva: adaptarse a la oscuridad para no incomodar, o resplandecer fielmente aunque la luz duela a los ojos acostumbrados a las sombras.

La Escritura no es ingenua respecto a este conflicto. El apóstol Pablo, escribiendo a los creyentes en Filipos, no les promete un entorno favorable ni una sociedad receptiva. Por el contrario, describe el contexto como una generación torcida y perversa, y es precisamente allí donde lanza una exhortación contundente: ***“resplandezcan como luminares en el mundo”***. No es un llamado al aislamiento, ni al enfrentamiento carnal, ni al protagonismo religioso. Es una

convocatoria a vivir de tal manera que Cristo sea visible a través de una vida transformada.

Ser luminares no significa brillar por mérito propio. La luz no nace en nosotros. No es fruto del carisma, del conocimiento bíblico, del ministerio ni de la experiencia religiosa. La luz tiene una sola fuente: “Cristo”. Los creyentes no somos la luz en esencia; somos reflejo de la Luz verdadera. Cuando esta verdad se pierde, la fe se deforma y el testimonio se corrompe. Cuando se conserva, la vida cristiana recupera su sencillez, su autoridad espiritual y su impacto silencioso, pero profundo.

Este libro nace con una carga clara: recordar a la Iglesia que el llamado a alumbrar no es opcional, ni exclusivo de unos pocos, ni limitado a los espacios de culto. La luz no fue diseñada para las cuatro paredes del templo, sino para los caminos oscuros del mundo real. Se manifiesta en la forma de hablar, de trabajar, de relacionarse, de responder a la injusticia, de atravesar el conflicto, de vivir la fe en lo cotidiano. Allí donde no hay cámaras, ni púlpitos, ni aplausos, es donde la luz se vuelve más evidente... o donde se apaga sin que nadie lo note.

Ser luminar no es sinónimo de ser perfecto, pero sí de vivir con integridad. No se trata de una espiritualidad compleja, cargada de discursos elevados y prácticas visibles, sino de una vida coherente, sin murmuraciones, sin contiendas, sin actitudes que contradigan el mensaje que decimos creer. El creyente conflictivo, rencoroso, envidioso,

ambicioso o iracundo no solo daña su comunión personal; oscurece el testimonio del Reino. La luz no puede brillar con claridad cuando el corazón está gobernado por las sombras de la carne.

En una época donde el activismo religioso muchas veces reemplaza a la vida espiritual, este llamado se vuelve aún más urgente. Alumbrar no es hacer más, sino vivir mejor delante de Dios. No es ocupar más espacios visibles, sino depender más profundamente del Espíritu Santo. No es gritar verdades, sino encarnarlas. El Reino de Dios no avanza por estridencia, sino por manifestación. La luz verdadera no necesita imponerse; se reconoce porque transforma lo que toca.

Este libro también es una palabra dirigida al liderazgo. No para exaltar su función, sino para ordenarla. El liderazgo cristiano no fue establecido para brillar más que los hermanos, sino para formar hijos de Dios capaces de alumbrar en el mundo. En las reuniones, la luz debe ser el Señor; fuera de ellas, todos somos llamados a reflejarlo. No existen cristianos de primera clase ni ministros iluminados de manera especial. Existe un solo Señor glorioso y un pueblo llamado a reflejar Su gloria con humildad y fidelidad.

Luminares no es un llamado al perfeccionismo ni a la presión espiritual. Es una invitación a volver a lo esencial: vivir de Cristo, depender de Cristo y mostrar a Cristo en medio de una generación que camina a tientas. Cuando la oscuridad aumenta, la solución no es esconder la luz para

evitar el rechazo, sino cuidarla para que no se apague. Este es tiempo de claridad, de sencillez, de coherencia y de responsabilidad espiritual.

Que estas páginas no sean solo leídas, sino vividas. Que no informen únicamente la mente, sino que confronten el corazón. Y que el resultado no sea admiración por una enseñanza, sino una Iglesia que, sin hacer ruido, resplandece como estrellas en la noche, anunciando con su vida que Cristo sigue siendo la luz del mundo.

***“La exposición de tus palabras alumbra;
Hace entender a los simples.”***

Salmo 119:130



PARTE I
EL FUNDAMENTO DE
LOS LUMINARES

“Quién es la luz y por qué podemos resplandecer”

Capítulo uno

CRISTO EL VERDADERO LUMINAR

“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 8:12

Hablar de luz en tiempos de oscuridad no es una metáfora poética ni un recurso devocional destinado a elevar el ánimo de los creyentes. Es una afirmación espiritual profunda que define la naturaleza misma de la fe cristiana. Desde el inicio de la revelación bíblica, la luz no es presentada como una cualidad humana, ni como un logro moral, ni como una conquista espiritual progresiva, sino como una manifestación directa de la presencia de Dios. Donde Dios se revela, allí hay luz; donde Dios se retira, las tinieblas se hacen evidentes.

Por esta razón, cualquier intento de comprender el llamado a ser luminares sin partir de Cristo conduce inevitablemente al error. La Iglesia no resplandece por sí

misma, ni el creyente porta una luz autónoma que pueda administrar según su conveniencia. La luz no nace en nosotros; nos alcanza. No se origina en la conducta; se recibe por gracia divina. No es producto del esfuerzo humano, sino consecuencia de la comunión con Aquel que es la luz verdadera.

Jesús mismo afirmó con claridad absoluta: ***“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”***. Esta declaración no deja lugar para interpretaciones ambiguas. Él no dijo que enseñaba sobre la luz, ni que mostraba el camino hacia la luz, ni siquiera que repartía luz. Dijo que Él es la luz. Toda comprensión correcta del concepto de luminaires comienza, necesariamente, con esta afirmación cristológica central.

Aquí se establece una distinción fundamental que la Iglesia de todos los tiempos ha necesitado recordar: Cristo es la fuente; nosotros somos el reflejo. Confundir estos planos ha generado graves desviaciones espirituales. Cuando el creyente comienza a pensarse como fuente, la luz se transforma en orgullo; cuando la Iglesia se percibe como origen, el testimonio se convierte en protagonismo; cuando el liderazgo se apropia de la luz, el ministerio degenera en espectáculo.

La Escritura es consistente al afirmar que la luz procede de Dios y no del hombre. En Él no hay tinieblas, ni sombra de variación (**Santiago 1:17**). Él habita en luz inaccesible (**1 Timoteo 6:16**). Cristo es descrito como el

resplandor de la gloria de Dios y la imagen misma de su sustancia (**Hebreos 1:3**). Por lo tanto, todo verdadero resplandor espiritual en la vida del creyente es derivado, reflejado y dependiente. Separado de Cristo, el ser humano no solo pierde la capacidad de alumbrar, sino que queda nuevamente expuesto a las tinieblas que antes lo gobernaban.

Este es uno de los errores más sutiles y peligrosos del tiempo presente: creer que la luz es una cualidad humana que puede desarrollarse, entrenarse o potenciarse mediante técnicas, disciplinas externas o activismo religioso. Bajo esta lógica, la vida cristiana se transforma en un esfuerzo constante por “dar luz”, mientras se descuida la comunión con la fuente. El resultado es una iluminación artificial, intermitente, agotadora y, finalmente, estéril.

Debemos entender que la luz proviene de una naturaleza luminosa que es Cristo. No podemos demandar a la gente ser luminares por medio de acciones voluntariosas. Somos luz por causa de la vida, porque Él es la vida (**Juan 14:6**) y la vida es la Luz de los hombres (**Juan 1:4**).

Jesús nunca llamó a sus discípulos a producir luz, sino a permanecer en Él. La vida que alumbra no es la que se esfuerza por destacarse, sino la que permanece conectada a la fuente. Así como la luna no compite con el sol ni pretende reemplazarlo, sino que refleja su luz con fidelidad, el creyente está llamado a reflejar a Cristo, no a reemplazarlo ni a imitarlo superficialmente.

Cuando la Iglesia pierde esta perspectiva, comienza a medir la luz en términos de visibilidad, impacto social, reconocimiento público o crecimiento numérico. Sin embargo, la luz del Reino no siempre es estridente ni espectacular. Muchas veces es silenciosa, constante y profundamente transformadora. No deslumbra para impresionar, sino que alumbra para revelar. No busca aplausos, sino frutos.

La dependencia absoluta de Cristo no es una doctrina secundaria, sino el eje que sostiene todo verdadero testimonio cristiano. Separados de Él, nada podemos hacer; unidos a Él, la luz fluye como resultado natural de una vida rendida. Esta dependencia no humilla al creyente, lo libera. Lo libra de la presión de tener que “brillar” por sus propios medios y lo invita a descansar en la obra consumada de Aquel que ya venció las tinieblas.

Cristo no solo vino a iluminar un mundo oscuro; vino a establecer un nuevo orden espiritual. Su luz no es reactiva, sino soberana. No responde a las tinieblas; las desplaza. Donde Él se manifiesta, la oscuridad no puede permanecer. Por eso, el llamado a ser luminares no es un llamado a la auto-exposición, sino a la profunda comunión. Cuanto más cerca estamos de Cristo, más evidente se vuelve su luz en nosotros.

Aquí se revela una verdad pastoral de enorme importancia: no se trata de cuánto hacemos para Dios, sino de cuánto de Dios hay en lo que hacemos. La luz no se intensifica por acumulación de actividades, sino por

profundidad de comunión. Una Iglesia activamente ocupada, pero espiritualmente desconectada, puede producir ruido, pero no luz. En cambio, una Iglesia que vive en dependencia del Señor, aunque sencilla y silenciosa, irradia una claridad que ninguna oscuridad puede apagar.

Cristo es, fue y seguirá siendo el único y verdadero Luminar. Todo otro resplandor es reflejo; toda otra luz es prestada; toda otra gloria es pasajera. Reconocer esto no debilita la identidad del creyente, la afirma correctamente. Porque solo cuando Cristo ocupa el centro absoluto, el creyente puede cumplir su llamado sin distorsiones, sin cargas indebidas y sin desviaciones espirituales.

Ser luminares comienza aquí: en una rendición profunda al Señor de la luz. No para ser vistos, sino para que Él sea visto. No para destacar, sino para señalar. No para construir una imagen, sino para reflejar una presencia viva.

La historia de la fe demuestra que uno de los mayores peligros para el pueblo de Dios no ha sido la persecución externa, sino la sustitución silenciosa de la fuente. Cuando la Iglesia comienza a vivir de recuerdos espirituales, de métodos heredados o de estructuras exitosas del pasado, la luz deja de fluir aunque la forma permanezca. La lámpara puede seguir en su lugar, pero sin aceite suficiente el resplandor se vuelve tenue, irregular y finalmente se apaga.

Cristo nunca delegó la fuente de la luz; delegó el testimonio. Esta diferencia es crucial. Él no transfirió su

gloria, sino que permitió que su gloria se reflejara en vasos frágiles, dependientes y necesitados de comunión constante. Por eso, cada intento humano de “sostener” la luz sin una relación viva con Él termina produciendo cansancio espiritual, frustración y, muchas veces, una espiritualidad fingida que intenta compensar con intensidad lo que carece de profundidad.

El Evangelio de Juan establece con claridad que la luz verdadera alumbra a todo hombre, pero también afirma que las tinieblas no la comprendieron. Esto revela que la luz de Cristo no solo ilumina; también confronta. No todos celebran la luz, y no todos desean ser expuestos por ella. Sin embargo, la función de la luz no es agradar, sino revelar la verdad. Donde la luz de Cristo se manifiesta, las obras ocultas quedan al descubierto, los corazones son examinados y las motivaciones salen a la superficie.

Aquí es donde muchos retroceden. Existe una tentación permanente de suavizar la luz para evitar incomodidades, conflictos o rechazos. Pero una luz atenuada deja de cumplir su propósito. No es que la luz de Cristo sea violenta o condenatoria; es santa. Y la santidad, por naturaleza, incomoda a las tinieblas. La Iglesia no fue llamada a negociar la intensidad de la luz, sino a permanecer fiel a la fuente de la cual proviene.

Cuando Jesús declaró que sus discípulos eran la luz del mundo, lo hizo inmediatamente después de afirmar su propia identidad como luz (**Mateo 5:14**). No se trató de una

promoción espiritual, sino de una consecuencia inevitable de la comunión. Él no los invitó a construir su propia iluminación, sino a reflejar lo que ya habían recibido al caminar con Él. Esta luz no era artificial ni intermitente; era el resultado natural de una vida transformada por Su presencia.

El error de creer que la luz es una cualidad humana ha llevado a muchos a medir su espiritualidad por el nivel de visibilidad que logran alcanzar. Bajo esta lógica, se confunde influencia con unción, exposición con autoridad y popularidad con fruto espiritual. Sin embargo, la Escritura nunca presenta la luz como algo que se exhibe para validarse, sino como algo que inevitablemente se manifiesta cuando la fuente gobierna el corazón.

La dependencia absoluta de Cristo no es pasividad espiritual; es alineación correcta. No anula la responsabilidad del creyente, la ordena. El discípulo que vive unido a la fuente no necesita forzar resultados ni fabricar impacto. Su vida, aun en lo cotidiano y aparentemente insignificante, comienza a emitir una claridad que otros perciben, aunque él mismo no sea plenamente consciente de ello.

Este principio protege al creyente del desgaste y al liderazgo del autoritarismo. Cuando la luz fluye desde Cristo, nadie necesita competir por brillar ni imponer su resplandor sobre otros. La luz verdadera no genera sombras internas; las disipa. No produce rivalidad; produce comunión. No exalta al individuo; glorifica al Señor.

Cristo no es una idea luminosa ni un ejemplo inspirador: es una presencia viva. Por eso, la vida cristiana no se sostiene en conceptos correctos solamente, sino en una comunión continua. La teología sin comunión puede informar, pero no transformar. El conocimiento bíblico sin dependencia puede impresionar, pero no alumbrar. La luz del Reino no es meramente doctrinal; es vida impartida.

Cuando la Iglesia pierde esta dimensión, comienza a suplir la falta de luz con ruido. Se incrementan las actividades, los discursos y las estrategias, pero la claridad espiritual disminuye. La Escritura, sin embargo, presenta un camino distinto: permanecer en Cristo, andar en la luz y dejar que esa luz se manifieste con naturalidad. No como una técnica, sino como una consecuencia.

El llamado a ser luminas, entonces, no comienza con una exhortación moral, sino con una revelación espiritual. Antes de preguntarnos cómo alumbrar, debemos preguntarnos de quién estamos recibiendo la luz. Antes de hablar de impacto, debemos hablar de comunión. Antes de corregir conductas, debemos afirmar dependencias.

Cristo es suficiente. Su luz no necesita refuerzos humanos ni complementos culturales. Él sigue siendo el verdadero Luminar en medio de generaciones oscuras, confusas y fragmentadas. Y solo en la medida en que la Iglesia se mantenga unida a Él, podrá cumplir su llamado sin perder su esencia.

Este capítulo establece el fundamento de todo lo que sigue. No hay ética cristiana sin cristología correcta. No hay testimonio auténtico sin dependencia viva. No hay luz verdadera sin comunión profunda. Todo resplandor genuino comienza y termina en Cristo.

Ser luminares no es un título que se recibe ni una meta que se alcanza. Es una condición que se vive cuando Cristo ocupa el lugar central. Él no solo nos ilumina; nos redefine. Y desde esa redefinición, la luz comienza a fluir, silenciosa pero firme, en medio de un mundo que necesita más que discursos: necesita ver a Cristo reflejado en vidas transformadas.

***“Esta luz resplandece en la oscuridad
Y la oscuridad no ha podido apagarla.”***

Juan 1:5



Capítulo dos

NUESTRA NUEVA IDENTIDAD

“De tinieblas a la luz”

“Porque Él nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de Su Hijo amado.”

Colosenses 1:13 NBLA

La obra de Cristo no consistió únicamente en iluminar un camino para que el ser humano lo siguiera; consistió en trasladarlo de una esfera a otra, de una condición a otra, de una realidad espiritual a otra completamente distinta. El Evangelio no anuncia una mejora moral del hombre antiguo, sino una transformación radical de su naturaleza. Por eso, hablar de luz en la vida cristiana no es hablar de comportamiento corregido, sino de identidad redimida.

Antes de Cristo, la Escritura no describe al ser humano simplemente como alguien que camina ocasionalmente en tinieblas, sino como alguien que pertenece a ellas. Las tinieblas no eran un accidente externo, sino un estado interno. La mente entenebrecida, el corazón endurecido y la

incapacidad de percibir la verdad espiritual no eran fruto de ignorancia intelectual, sino de separación de Dios. Sin la luz del Creador, la criatura pierde la orientación, aun cuando crea ver con claridad.

“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.”

Efesios 5:8

El Nuevo Pacto introduce una declaración profundamente liberadora: ya no somos tinieblas. No dice solamente que estuvimos en tinieblas, sino que éramos tinieblas. Esta afirmación no pretende humillar al creyente, sino resaltar la magnitud de la obra redentora. La salvación no consistió en encender una lámpara dentro de una habitación oscura; consistió en trasladarnos completamente a la luz. El cambio no fue cosmético, fue ontológico. No fue superficial, fue esencial.

Esta verdad redefine la forma en que entendemos la vida cristiana. No vivimos tratando de alcanzar la luz; vivimos desde la luz que hemos recibido. No luchamos por convertirnos en hijos de luz; lo somos. Y precisamente porque lo somos, somos llamados a andar conforme a esa identidad. La conducta cristiana no es el medio para obtener la luz, sino la evidencia de que la luz ya gobierna nuestra vida.

Aquí se produce una de las confusiones más comunes y dañinas dentro del ámbito eclesial: tratar de imponer una

ética de luz sobre una identidad que no ha sido afirmada. Cuando la identidad no es clara, la conducta se vuelve forzada. Cuando la vida cristiana se reduce a normas sin revelación, la luz se transforma en carga. Pero cuando el creyente comprende quién es en Cristo, la obediencia deja de ser una obligación pesada y se convierte en una expresión natural de su nueva naturaleza.

El apóstol Pablo no exhorta a los creyentes a “convertirse” en luz, sino a vivir como lo que ya somos. Esta distinción es vital. El cristiano no actúa para ser aceptado; actúa porque ya ha sido aceptado. No se esfuerza por pertenecer; vive desde la pertenencia. La luz no es un premio por buen comportamiento, sino una herencia recibida por gracia.

El Nuevo Pacto no solo nos reconcilia con Dios; nos reubica espiritualmente. Hemos sido trasladados del dominio de las tinieblas al Reino del Hijo amado. Este lenguaje no es simbólico ni poético; es jurídico y espiritual. Implica un cambio de gobierno, de autoridad y de ciudadanía. Ya no respondemos a la lógica de la oscuridad, aunque todavía vivamos en un mundo que opera bajo ella.

Ser hijos de luz no significa vivir desconectados de la realidad, sino vivir interpretándola desde otra fuente. La luz no nos aísla del mundo; nos permite discernirlo correctamente. No nos vuelve ingenuos; nos vuelve sobrios. No nos ciega frente al mal; nos capacita para reconocerlo sin ser absorbidos por él.

Esta nueva identidad también redefine la lucha espiritual. El creyente no pelea desde la oscuridad tratando de alcanzar la luz, sino desde la luz enfrentando las tinieblas. La batalla no es por identidad, sino desde identidad. Cuando esta verdad se pierde, la vida cristiana se transforma en una lucha agotadora contra uno mismo. Pero cuando se afirma correctamente, aprendemos a rechazar las obras de las tinieblas no para probar algo, sino porque ya no nos pertenecen.

La luz, entonces, no es una experiencia ocasional ni un estado emocional elevado. Es una condición permanente que define quiénes somos en Cristo. Incluso en momentos de debilidad, confusión o lucha, la identidad permanece intacta. La luz no se apaga por una caída; se nubla cuando se pierde de vista la fuente. Por eso, el llamado constante del Evangelio no es a reinventarnos, sino a volver a la comunión.

Vivir como hijos de luz implica permitir que esta nueva naturaleza gobierne todas las áreas de nuestra vida. No hay compartimentos oscuros en una identidad redimida. La luz no se limita al ámbito espiritual; alcanza el pensamiento, las decisiones, las relaciones, el uso del tiempo, los recursos y la manera de responder al conflicto. Donde la luz gobierna, la coherencia comienza a manifestarse.

Esta verdad nos libera del legalismo y nos protege del libertinaje. No necesitamos reglas externas para producir luz, pero tampoco usamos la gracia como excusa para convivir con las tinieblas. La nueva identidad no negocia con la

oscuridad; la desplaza. No por imposición, sino por presencia.

La Iglesia del tiempo presente necesita volver a afirmar esta identidad con claridad y profundidad. No como un lema motivacional, sino como una verdad formativa. Muchos creyentes viven espiritualmente cansados no porque la vida cristiana sea pesada, sino porque intentan vivir desde una identidad que ya no les pertenece. Tratan de alumbrar sin recordar que ya han sido hechos luz en el Señor.

Este capítulo establece una base indispensable para comprender el llamado a resplandecer. No se puede reflejar lo que no se es. No se puede manifestar una naturaleza que no ha sido recibida. Pero cuando la identidad es afirmada y abrazada, la luz deja de ser un esfuerzo y se convierte en una expresión viva.

De tinieblas a luz no es un proceso gradual de mejora humana; es una obra soberana de gracia. Y desde esa obra, somos llamados a vivir con la dignidad, la sobriedad y la coherencia de quien ya pertenece al Reino de la luz.

Así nos lo ha mandado el Señor:

“Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra”.

Hechos 13:47



Capítulo tres

LUMINARES DE UNA GENERACIÓN MALIGNA

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida...”

Filipenses 2:14 al 16

La exhortación apostólica a resplandecer como luminares no fue pronunciada en un contexto favorable ni en una cultura receptiva a los valores del Reino. Fue dada en medio de tensiones, persecuciones, presiones internas y un entorno moral y espiritual profundamente desalineado con la verdad de Dios. Esto es importante recordarlo, porque la luz no fue diseñada para escenarios ideales, sino para contextos oscuros. Cuando la oscuridad aumenta, la luz no pierde sentido; lo encuentra.

Pablo escribe a los creyentes de Filipos con una claridad pastoral que combina exhortación y consuelo. No los

llama a huir del mundo ni a combatirlo con violencia espiritual, sino a vivir de tal manera que la luz de Cristo sea visible en medio de una generación torcida y perversa. La imagen no es la de una Iglesia aislada, sino la de una comunidad presente, distinta y discernible.

La expresión “*generación maligna y perversa*” no se refiere únicamente a prácticas inmorales evidentes, sino a una distorsión profunda del orden creado por Dios. Estos conceptos no son solo por lo abiertamente malo de la generación, sino porque perdió su alineación original, porque se pervirtió.

Es una humanidad que ya no camina conforme al diseño divino, que ha redefinido el bien y el mal, y que ha normalizado la confusión espiritual como si fuera progreso. En ese contexto, los hijos de Dios no somos llamados a mimetizarnos para sobrevivir, sino a permanecer firmes para alumbrar a pesar de toda oposición.

Resplandecer como luminares implica una forma de vida que contrasta sin necesidad de agresión. La luz no grita para imponerse; simplemente se manifiesta. Pablo no exhorta a los creyentes a denunciar constantemente la oscuridad, sino a vivir de tal manera que la diferencia sea evidente. La vida irreprochable, sin murmuraciones ni contiendas, se convierte en una declaración silenciosa pero poderosa del Reino de Dios.

Aquí aparece una verdad incómoda para nuestra época: no toda adaptación es sabiduría, y no toda contextualización

es fidelidad. Existe una presión constante para diluir la identidad cristiana en nombre de la relevancia cultural. Se presenta la mezcla como estrategia y la concesión como amor. Sin embargo, el apóstol no anima a los creyentes a encajar, sino a permanecer. No los llama a suavizar la luz, sino a sostenerla con coherencia.

La vida “sin mancha” no describe una perfección inalcanzable, sino una integridad visible. No se trata de ausencia de debilidad, sino de ausencia de doblez. En un mundo donde la incoherencia se ha normalizado, la integridad se vuelve una forma de luz. Vivir sin mancha es vivir sin máscaras, sin compartimentos oscuros, sin contradicciones deliberadas entre lo que se cree y lo que se practica.

La murmuración y la contienda, mencionadas de manera específica por Pablo, no son pecados menores ni simples defectos de carácter. Son actitudes que erosionan la luz desde adentro. Una comunidad que murmura puede conservar una apariencia espiritual, pero pierde claridad. Una Iglesia que vive en contienda puede mantener actividad, pero deja de alumbrar. La luz no se apaga solo por el pecado visible; también se debilita por actitudes internas que contradicen el espíritu del Reino.

El contexto cultural ejerce una presión constante para que el creyente ajuste su fe a los valores dominantes. Se espera tolerancia sin discernimiento, amor sin verdad, aceptación sin transformación. En medio de estas demandas,

muchos sienten la tentación de atenuar su testimonio para evitar rechazo. Sin embargo, la Escritura no presenta el rechazo como señal de fracaso, sino como una consecuencia natural de una luz que permanece fiel.

Resplandecer en medio de una generación torcida no significa vivir en permanente confrontación, pero tampoco en permanente concesión. Significa discernir cuándo hablar y cuándo callar, cuándo resistir y cuándo esperar, cuándo corregir y cuándo perseverar en silencio. La luz no reacciona impulsivamente; actúa con sabiduría. No se deja moldear por la oscuridad, pero tampoco pierde su carácter redentor.

Pablo conecta este llamado con la obediencia que fluye del temor reverente a Dios. No es una obediencia legalista ni temerosa, sino consciente de la santidad del llamado recibido. El creyente que entiende el tiempo que vive no se duerme espiritualmente ni se deja arrastrar por la corriente. Vive despierto, sobrio y atento, sabiendo que su vida comunica más de lo que sus palabras pueden expresar.

La imagen de los luminares remite a cuerpos celestes que mantienen su curso aun cuando la noche es profunda. No cambian su naturaleza según el clima ni negocian su función con la oscuridad. Permanecen. Esa permanencia es, en sí misma, un mensaje. En tiempos de confusión doctrinal, relativismo moral y espiritualidad superficial, la constancia se convierte en una forma poderosa de testimonio.

Este llamado no está dirigido a una élite espiritual ni a líderes visibles únicamente. Es una exhortación a toda la

comunidad de fe. Cada creyente, desde su lugar, es llamado a sostener la luz recibida. No todos brillan de la misma manera ni con la misma intensidad visible, pero todos reflejan la misma fuente. La diversidad no apaga la luz; la multiplica cuando está alineada con Cristo.

La Iglesia no puede permitirse confundir adaptación con rendición. Tampoco puede caer en el aislamiento bajo la excusa de la santidad. El equilibrio del Reino se encuentra en una presencia firme, humilde y coherente. No se trata de huir de la generación torcida, sino de permanecer en ella sin ser torcidos por ella.

Este capítulo nos confronta con una pregunta inevitable: ¿estamos viviendo de tal manera que la luz de Cristo sea visible, o estamos ajustando nuestra vida para evitar el contraste? La respuesta no se mide por discursos, sino por la forma en que atravesamos la presión, el conflicto y la incomodidad.

Ser luminares en medio de una generación torcida no es una opción secundaria; es parte esencial del llamado cristiano. Y solo puede vivirse cuando la identidad está afirmada, la dependencia es real y la fidelidad es prioritaria. La luz no se negocia, se manifiesta. Y en tiempos oscuros, esa manifestación se vuelve urgente.

Pablo no dice que seremos sin pecado; todos sabemos que eso es imposible en esta vida. En cambio, habla de integridad. Una vida intachable es aquella que no da motivos

para dudar de la sinceridad de nuestra fe. Se trata de ser irrepreensibles, de vivir de tal manera que nuestras acciones concuerden con nuestras creencias. La palabra ***“sencillos”*** añade un matiz adicional, enfatizando la pureza de corazón, una motivación que no está contaminada por el egoísmo ni el engaño.

Pero no se trata solo de la santidad personal. Pablo la conecta inmediatamente con nuestra identidad: ***“hijos de Dios sin mancha”***. ¡Qué afirmación tan increíble! Pablo nos recuerda que nuestras acciones reflejan la familia a la que pertenecemos. Si somos hijos de Dios, nuestras vidas deben reflejar el carácter de nuestro Padre. Así como Dios es santo e intachable, estamos llamados a vivir la misma vida para que otros lo vean en nosotros.

¿Y dónde estamos llamados a hacer esto? ***“En medio de una generación torcida y depravada”*** (Según versión NVI). Pablo no nos pide que nos retiremos del mundo ni que ocultemos nuestra luz. Nos dice que brillemos en medio de la oscuridad. La imagen aquí es impactante. Una generación torcida, apartada de la verdad de Dios, necesita el camino recto del evangelio. Una generación torcida, que distorsiona lo que es bueno, necesita la claridad de vidas vividas en armonía con el diseño de Dios. Nuestra santidad debe contrastar marcadamente con la debilidad que nos rodea, no para condenar al mundo, sino para mostrarle un camino mejor.

Pablo concluye el versículo con una imagen poderosa: ***“Entre quienes resplandecéis como luminares en el mundo”***. La santidad no se trata solo de lo que evitamos; se trata de lo que irradiamos. La luz no existe simplemente para exponer la oscuridad; existe para guiar, abrigar y dar vida. Cuando vivimos vidas santas e intachables, nos convertimos en un faro para los demás, guiándolos hacia la fuente de toda luz: “Jesucristo”.

Este es el reto: ¿Estamos dispuestos a dejar que nuestra luz exponga la oscuridad, empezando por nuestra propia vida? La santidad comienza al permitir que Dios erradique el pecado de nuestro corazón para que podamos brillar con más intensidad para Él. Y mientras vivimos en un mundo torcido y perverso, nuestra luz se convierte en testimonio del poder transformador de la gracia de Dios. Cuando las personas vean el contraste, se sentirán atraídas hacia Aquel que nos hace brillar.

“No formen alianza con los incrédulos. ¿Qué tienen en común la justicia y la maldad? ¿O qué comunión puede tener la luz con la oscuridad?”

2 Corintios 6:14



PARTE II
CÓMO SE MANIFIESTA
LA LUZ

“La luz visible en la vida cotidiana.”

Capítulo cuatro

LA LUZ DEL CARÁCTER CRISTIANO

***“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo
vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado
irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”***

1 Tesalonicenses 5:23

La luz que Cristo hace resplandecer en sus discípulos no se manifiesta, en primer lugar, a través de palabras elocuentes ni de acciones visibles, sino por medio de un carácter transformado. Antes de ser proclamada, la luz es encarnada. Antes de ser anunciada, es vivida. El carácter cristiano se convierte así en el primer lenguaje del Reino, un lenguaje silencioso pero elocuente, que comunica coherencia donde el discurso ya no alcanza.

En un tiempo marcado por la sobreexposición, la imagen y la autopromoción, el carácter adquiere un valor contracultural. La Escritura no presenta el carácter como un accesorio opcional de la fe, sino como el terreno donde la luz se asienta y desde donde se proyecta. Una vida sin integridad

puede pronunciar verdades correctas, pero carece de peso espiritual. La luz no se sostiene sobre el talento, sino sobre la coherencia.

Pablo insiste en una conducta irreprochable no como un ideal inalcanzable, sino como una consecuencia lógica de una identidad afirmada. La irreprochabilidad no describe una vida sin errores, sino una vida sin doblez. No es ausencia de lucha, sino ausencia de hipocresía. El creyente que vive a la luz de Cristo no es el que nunca falla, sino el que no convive deliberadamente con aquello que contradice la verdad que confiesa.

El carácter cristiano se forma en lo cotidiano, no en los momentos extraordinarios. Se moldea en la manera de responder a la presión, de manejar el desacuerdo, de atravesar la frustración y de relacionarse con los demás. Allí donde nadie aplaude ni observa, la luz se prueba. Y es precisamente en esos espacios invisibles donde se define la calidad del testimonio público.

La exhortación a vivir sin murmuraciones ni contiendas revela cuán profundamente el carácter impacta la manifestación de la luz. La murmuración no es solo una falla en la comunicación; es una expresión de descontento interno que oscurece el alma. La contienda no es simplemente un conflicto externo; es el fruto de un corazón que ha perdido la mansedumbre. Ambas actitudes erosionan silenciosamente el testimonio cristiano, aun cuando la actividad espiritual continúe.

Una Iglesia que murmura pierde claridad. Puede mantener estructura, doctrina y movimiento, pero su luz se vuelve opaca. La murmuración genera un clima espiritual pesado, contamina relaciones y debilita la comunión. Del mismo modo, una comunidad marcada por la contienda proyecta una imagen distorsionada del Reino, como si la verdad necesitara imponerse por fuerza y no manifestarse por coherencia.

El carácter cristiano no se construye por imposición externa, sino por transformación interna. La obra del Espíritu Santo no se limita a impartir dones; forma fruto. Y el fruto no aparece de manera instantánea ni forzada. Crece en el tiempo, bajo cuidado, en un proceso que requiere rendición, paciencia y disposición al trato de Dios. Donde el fruto madura, la luz se estabiliza.

Existe una relación directa entre carácter y autoridad espiritual. La autoridad que no nace del carácter se vuelve frágil y, muchas veces, abusiva. En cambio, cuando la autoridad fluye de una vida transformada, no necesita afirmarse ni defenderse. Se reconoce. La luz del carácter no intimida, pero convence. No domina, pero influye.

La incoherencia, por el contrario, apaga la luz de manera progresiva. No siempre de forma escandalosa, sino silenciosa. Pequeñas concesiones, actitudes justificadas, hábitos tolerados comienzan a oscurecer el testimonio. En tal caso, los hijos de Dios siguen hablando de luz, pero sus vidas ya no la reflejan con claridad. No porque hayan perdido la

salvación, sino porque han descuidado la comunión que sostiene el carácter.

El carácter forjado por el Espíritu también nos protege en medio de la presión cultural. Cuando los valores del entorno empujan hacia la superficialidad, la agresividad o la indiferencia moral, un carácter formado en Cristo actúa como ancla. No reacciona por impulso ni se deja arrastrar por la corriente. Permanece firme, no por rigidez, sino por convicción.

Esta firmeza no es dureza. El carácter cristiano verdadero combina verdad y gracia, convicción y mansedumbre. No cede ante la mentira, pero tampoco pierde el amor. No negocia la santidad, pero tampoco se reviste de superioridad. La luz que proviene de un carácter así no hiere; sana. No expone para condenar; revela para restaurar.

La formación del carácter es, por lo tanto, una prioridad pastoral que no puede ser reemplazada por programas ni suplida por actividades. Una Iglesia ocupada pero carente de carácter puede generar movimiento, pero no transformación. En cambio, una comunidad que cultiva el carácter cristiano, aun en sencillez, se convierte en un faro estable en medio de la oscuridad.

Este capítulo nos recuerda que la luz más convincente no siempre es la más visible, sino la más constante. El carácter no brilla por momentos; ilumina de manera sostenida. No depende del ánimo ni de la circunstancia. Es el

resultado de una vida rendida al gobierno de Cristo, donde cada área ha sido expuesta a su luz.

Así, aprendemos que alumbrar no es esforzarnos por parecer espirituales, sino permitir que la obra del Espíritu Santo transforme profundamente nuestra manera de vivir. Y cuando el carácter es formado en Cristo, la luz deja de ser una exigencia externa y se convierte en una expresión natural de una vida gobernada por Él.

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos...”

Filipenses 2:14

Pablo enseña que debemos evitar las quejas cuando las cosas se ponen difíciles. Dice: ***“Hagan todo sin quejarse ni discutir”*** (versión PDT). Esto lo abarca todo. Ya sea que nos enfrentemos a un compañero de trabajo frustrante, a un familiar complicado o incluso a la persecución, Pablo nos llama a brillar sin permitir que las quejas o las disputas opaquen nuestra luz.

¿Por qué? Porque las murmuraciones y las quejas no reflejan el carácter de Cristo. Recordemos su ejemplo en **Filipenses 2:5 al 8**: se humilló a sí mismo, se hizo obediente hasta la muerte y no profirió ni una sola queja en el proceso. Sufrió ataques, críticas y traiciones, pero nunca murmuró por las situaciones que debió atravesar. Él es nuestro gran ejemplo.

Siendo honestos, este mandato nos desafía profundamente. ¿Con qué frecuencia sentimos deseos de quejarnos? ¿No es acaso nuestro instinto frente a los pequeños inconvenientes de la vida, por no hablar de las luchas más grandes? Debemos tener claro que nuestro entorno nos observa, y si pretendemos ser luz, la murmuración y la queja no pueden formar parte de nuestro carácter.

La clave para evitar las quejas no es simplemente morderse la lengua o reprimir la frustración. La clave está en alinear nuestros corazones con la luz de Cristo. Cuando confiamos en que Dios es soberano, que es bueno y que sus planes son superiores a los nuestros, nuestra perspectiva cambia. Comprendemos que el Espíritu Santo nos capacita para aquello que se nos demanda. Entonces, dejamos de centrarnos en nuestras quejas y comenzamos a enfocarnos en ser una luz que guíe a otros hacia el Reino.

La oscuridad prospera en la queja y la disputa, porque allí encuentra terreno fértil. Basta observar la sociedad: una de sus características más sobresalientes es la queja. La miseria siempre busca compañía. Con frecuencia, basta iniciar una conversación con alguien desconocido para que la queja fluya de manera natural.

Saludamos a alguien y enseguida surge un comentario negativo. Si hace frío, la gente se queja; si hace calor, también. Si hay viento, si es temprano, si es tarde, si está

oscuro, si esperan, si están cansados o apurados... la queja aparece.

Y si la charla avanza, pronto surgen las quejas sobre la situación personal: el trabajo, la economía, el gobierno, la familia. En definitiva, la queja se ha vuelto parte de la cultura actual. Pero nosotros, como hijos de Dios, no debemos entrar en ese juego, porque a Él no le agrada.

La luz se niega a morar en la queja. La luz brilla con firmeza, sin quejas, y revela un camino mejor. Cuando elegimos hacer todo sin quejarnos ni discutir, mostramos al mundo que nuestro gozo, nuestra esperanza y nuestra confianza están en Dios, no en las circunstancias. Así es como la luz resplandece en la oscuridad. Así es como guiamos a otros hacia Cristo.

“Los preceptos del Señor son rectos: traen alegría al corazón. El mandamiento del Señor es claro: da luz a los ojos.”

Salmo 19:8



Capítulo cinco

ALUMBRAR FUERA DEL CULTO

“Tampoco se enciende una lámpara para cubrirla con una vasija. Por el contrario, se pone en el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa.

Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben a su Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:15 y 16

Una de las distorsiones más frecuentes en la vida cristiana contemporánea es la reducción de la fe al espacio del culto. Sin proponérselo explícitamente, muchos creyentes han aprendido a asociar la luz con el salón de reunión, el culto o la actividad eclesial, como si el resplandor de Cristo estuviera confinado a un horario, a un lugar o a una atmósfera determinada. Sin embargo, el llamado a ser luminares nunca estuvo pensado para limitarse a lo litúrgico, sino para impregnar la totalidad de la vida.

La fe cristiana no fue diseñada para funcionar como un interruptor que se enciende y se apaga según el contexto. La luz que procede de Cristo no es ceremonial; es vital. No depende del entorno, sino de la comunión. Por eso, cuando la Escritura habla de alumbrar, no lo hace refiriéndose principalmente a lo que sucede dentro del culto, sino a la manera en que el creyente vive cuando el culto ha terminado.

Es más, en las reuniones el que debe brillar es solamente el Señor. Nosotros tenemos la responsabilidad de alumbrar en la casa, en el estudio, en el trabajo, en la sociedad. Incluso los ministros, deben tener mucho cuidado de no pretender brillar en la plataforma, porque el único que tiene derecho a llevarse toda la gloria es el Señor.

Jesús fue claro al afirmar que la luz no se enciende para esconderse debajo de un almud. Esta imagen no alude a una prohibición de la discreción, sino a una advertencia contra la compartimentación de la fe. El problema no es la humildad, sino el encierro. Una luz encerrada deja de cumplir su función, no porque haya perdido intensidad, sino porque ha sido confinada a un espacio que no fue diseñado para contenerla.

Alumbrar fuera del culto implica reconocer que la vida cotidiana es el escenario principal del testimonio cristiano. Es allí donde la fe se prueba, se encarna y se vuelve creíble. El trabajo, el estudio, la familia, las relaciones sociales, el uso del dinero, la manera de hablar, de reaccionar, de decidir y

de tratar a los demás se convierten en el verdadero campo de manifestación de la luz.

Aquí se hace evidente la diferencia entre religiosidad y vida espiritual. La religiosidad se expresa con facilidad en espacios protegidos, rodeados de lenguaje común y códigos compartidos. La vida espiritual, en cambio, se revela en contextos donde Cristo no es nombrado, pero puede ser reflejado. Es allí donde la luz adquiere su mayor potencia, no por la ausencia de dificultades, sino por la coherencia sostenida.

Muchos creyentes desarrollan una conducta ejemplar dentro del ámbito eclesial, pero experimentan una fractura significativa entre su fe y su vida diaria. Esta división no siempre es intencional; muchas veces es el resultado de una enseñanza incompleta que no ha integrado el señorío de Cristo a todas las áreas de la existencia. Cuando la fe no atraviesa la vida entera, la luz se fragmenta.

El Evangelio no propone una espiritualidad de domingo, sino una vida rendida al gobierno de Dios en todo momento. Cristo no es Señor solo del culto; es Señor de la historia personal. No gobierna únicamente la oración, sino también las decisiones prácticas. No se limita al lenguaje espiritual, sino que alcanza la ética, la responsabilidad y la manera de vivir en sociedad.

Alumbrar fuera del culto también implica comprender que el testimonio más efectivo no siempre es verbal. En

muchos contextos, las palabras han perdido credibilidad por el uso excesivo y, a veces, incoherente que se ha hecho de ellas. En cambio, una vida coherente sigue teniendo un impacto profundo. La fidelidad, la honestidad, la mansedumbre, la responsabilidad y la integridad hablan con una claridad que ningún discurso puede reemplazar.

Esto no significa renunciar al anuncio verbal del Evangelio, sino entender que dicho anuncio se fortalece o se debilita según la vida que lo respalda. Cuando la palabra y la conducta caminan juntas, la luz se vuelve visible y creíble. Cuando se separan, la fe se percibe como un sistema de ideas, no como una vida transformada.

La vida cotidiana presenta innumerables oportunidades para alumbrar, precisamente porque está llena de tensiones, frustraciones, injusticias y desafíos. Es allí donde la luz demuestra su autenticidad. No al evitar los conflictos, sino al atravesarlos con una actitud distinta. No al escapar de la realidad, sino al vivirla desde otra fuente.

Alumbrar en la familia, por ejemplo, no consiste en imponer un discurso espiritual constante, sino en vivir con paciencia, perdón, respeto y amor perseverante. En el trabajo, no se trata de predicar en todo momento, sino de trabajar con excelencia, honestidad y responsabilidad, aun cuando nadie observe. En la sociedad, no es cuestión de superioridad moral, sino de coherencia ética y compromiso genuino.

La luz no se enciende solo los domingos porque Cristo no habita solo en los domingos. Él vive en nosotros de manera permanente. Por lo tanto, cada espacio de la vida se convierte en un altar cotidiano donde el testimonio se ofrece no con palabras, sino con una vida rendida.

Esta comprensión nos libera de una carga religiosa innecesaria. No es necesario “actuar espiritualmente” fuera del culto; es necesario vivir espiritualmente. No se trata de añadir un lenguaje distinto, sino de manifestar una naturaleza transformada. La luz no exige actuaciones; fluye cuando la comunión es real.

Al mismo tiempo, este llamado confronta una fe cómoda que se conforma con expresiones internas y privadas. La luz que no sale del ámbito íntimo corre el riesgo de volverse introspectiva y estéril. El Reino de Dios no es un refugio para evadir el mundo, sino una realidad que irrumpe en él a través de vidas transformadas.

La Iglesia del tiempo presente necesita recuperar esta visión integral de la fe. No como una estrategia de impacto social, sino como una fidelidad al diseño original del Evangelio. Cuando los creyentes viven su fe fuera del culto con la misma coherencia que dentro de él, la luz comienza a expandirse de manera natural y sostenida.

Este capítulo nos recuerda que el culto no es el fin, sino la fuente. Allí somos afirmados, confrontados, edificados y

enviados. Pero el envío siempre es hacia la vida cotidiana. Es allí donde la luz encuentra su verdadero campo de acción.

Alumbrar fuera del culto no es un desafío secundario; es una consecuencia inevitable de una fe viva. Y cuando la Iglesia comprende esto, deja de medir su impacto por lo que sucede dentro de sus paredes y comienza a reconocer que el Reino avanza silenciosamente a través de creyentes que viven su fe con coherencia en cada área de su vida.

“El que practica la verdad se acerca a la luz, para que se vea claramente que ha hecho sus obras en obediencia a Dios.”

Juan 3:21



Capítulo seis

LA EVIDENCIA DE LA LUZ

“El fruto espiritual”

“Encomienda al Señor tu camino; confía en él y él actuará. Hará que tu justicia resplandezca como el alba; tu justa causa, como el sol de mediodía.”

Salmo 37:5 y 6

La luz auténtica nunca es estéril. Donde verdaderamente hay luz, inevitablemente hay fruto. Esta relación no es simbólica ni opcional; es una ley espiritual. La Escritura no presenta la luz como un concepto abstracto o una experiencia subjetiva, sino como una realidad viva que produce consecuencias visibles en el tiempo. El fruto no es el sustituto de la luz, sino su evidencia. No la reemplaza, la confirma.

En un contexto donde la espiritualidad suele medirse por la intensidad emocional, la actividad religiosa o la visibilidad pública, el énfasis bíblico en el fruto resulta profundamente confrontador. El fruto no se produce de

manera inmediata ni espectacular. Crece en silencio, requiere tiempo, cuidado y permanencia. Precisamente por eso, es uno de los indicadores más confiables de una vida verdaderamente conectada a la fuente.

Jesús estableció con claridad que la calidad del árbol determina la calidad del fruto (**Lucas 6:43 al 45**). No habló de frutos aislados ni de acciones ocasionales, sino de una producción constante que revela la naturaleza interna. Esta enseñanza desarma la idea de una fe desconectada de la vida práctica. No existe una luz genuina que no transforme progresivamente la manera de vivir. Si no hay fruto, no es la luz la que falla, sino la conexión con la fuente.

El fruto espiritual no se reduce a logros visibles ni a resultados ministeriales. Incluye dimensiones profundas y, muchas veces, invisibles: responsabilidad, integridad, fidelidad, perseverancia, dominio propio, mansedumbre y amor sincero. Estas expresiones no siempre generan reconocimiento inmediato, pero sostienen el testimonio a largo plazo. En un mundo acostumbrado a lo instantáneo, el fruto del Espíritu enseña a valorar la constancia.

La responsabilidad es una de las primeras evidencias de la luz. El creyente que vive en la luz aprende a hacerse cargo de su vida, de sus decisiones y de su llamado. Deja de culpar a otros, a las circunstancias o al sistema, y asume con madurez su caminar delante de Dios. Esta actitud no nace del perfeccionismo, sino de una conciencia clara de identidad y propósito.

La integridad, por su parte, refleja la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. Es la misma persona en público y en privado, en lo visible y en lo oculto. La integridad no consiste en no tener luchas, sino en no vivir una doble vida. Donde hay integridad, la luz fluye sin interrupciones. Donde hay fragmentación interna, el resplandor se debilita.

La fidelidad es otro fruto que revela una luz estable. No es fidelidad a un evento, a una moda espiritual o a una emoción pasajera, sino a un camino. En tiempos de cambios constantes, la fidelidad se vuelve un testimonio poderoso. Permanecer cuando otros abandonan, seguir cuando otros se desvían, obedecer cuando no hay aplausos, es una forma silenciosa pero profunda de alumbrar.

El fruto espiritual también revela el ritmo del Reino. La luz no es ruido, es constancia. No necesita anunciarse a sí misma ni justificarse. Simplemente permanece. Muchas veces, la Iglesia ha confundido impacto con movimiento y fruto con actividad. Sin embargo, una vida puede estar muy ocupada espiritualmente y, aun así, carecer de fruto duradero. El fruto no se mide por la cantidad de acciones, sino por la calidad de la transformación.

Esta verdad confronta una espiritualidad apresurada que busca resultados inmediatos sin aceptar procesos. El Reino de Dios, aunque poderoso, no opera bajo la lógica de la inmediatez humana. Jesús habló del crecimiento como algo progresivo, casi imperceptible al principio, pero firme y

real. El fruto no se fuerza; se cultiva. Y se cultiva permaneciendo en la luz.

El creyente que vive conectado a Cristo aprende a discernir esta diferencia. No se desespera por “producir”, sino que se concentra en permanecer. Sabe que el fruto verdadero no es fabricado, sino generado por la vida del Espíritu. Esta comprensión libera de la ansiedad espiritual y protege del activismo sin vida.

El fruto también cumple una función pastoral esencial: confirma la autenticidad del testimonio. No como un juicio condenatorio, sino como un criterio espiritual. La Escritura enseña que por los frutos se conoce al árbol, no por las intenciones declaradas ni por las palabras pronunciadas. Esta verdad invita a una autoevaluación honesta y constante.

La ausencia de fruto no siempre es resultado de rebeldía abierta; muchas veces es consecuencia de descuidos pequeños pero persistentes. Falta de comunión, pérdida de sensibilidad espiritual, tolerancia al pecado, enfriamiento interior. La luz no desaparece de un día para otro, pero puede debilitarse si no es cuidada. Por eso, el llamado no es solo a producir fruto, sino a cuidar la relación que lo hace posible.

El fruto espiritual no solo edifica al creyente; bendice a otros. Una vida constante, íntegra y fiel genera confianza, abre puertas y crea espacios donde la verdad puede ser escuchada. Muchas personas no rechazan a Cristo por su mensaje, sino por la incoherencia de quienes dicen

representarlo. El fruto, en cambio, abre el corazón incluso antes de que la palabra sea pronunciada.

Este capítulo también nos recuerda que el fruto no es uniforme en su manifestación. No todos producen de la misma manera ni en el mismo tiempo. El Reino valora la diversidad sin perder la esencia. Lo importante no es comparar frutos, sino verificar la conexión con la fuente. Donde hay comunión, habrá fruto, aunque su forma sea distinta.

La madurez espiritual se manifiesta precisamente aquí: en la capacidad de sostener una vida de fruto aun en medio de la presión, la sequedad o la falta de reconocimiento. El creyente maduro no vive para exhibir resultados, sino para glorificar a Dios con una vida rendida. Su mayor anhelo no es ser visto, sino ser fiel.

La Iglesia necesita recuperar esta visión del fruto como evidencia de la luz. No para generar culpa ni competencia espiritual, sino para volver a lo esencial. El fruto no es una carga; es una promesa. Donde Cristo gobierna, la vida cambia. Donde la luz habita, algo crece.

Este capítulo afirma con claridad que la luz verdadera siempre deja huellas. No siempre inmediatas, no siempre espectaculares, pero siempre reales. Y esas huellas, marcadas por la constancia, la integridad y la fidelidad, se convierten en uno de los testimonios más sólidos del Reino de Dios en medio de una generación que necesita ver, no solo oír.

***“El Señor te bendiga y te guarde.
El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti.
Y te extienda su amor.
El Señor mueva su rostro hacia ti y te conceda la paz.”***
Números 6:24 al 26



PARTE III
OBSTÁCULOS QUE
APAGAN LA LUZ

“Actitudes que contradicen el testimonio.”

Capítulo siete

CUANDO LA CARNE ECLIPSA LA LUZ

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.”

Gálatas 5:16

La luz que procede de Cristo no se apaga por falta de verdad, sino por la presencia no tratada de aquello que le es contrario. La Escritura es clara al enseñar que el mayor obstáculo para el resplandor del creyente no suele ser la oscuridad externa, sino la oscuridad interior tolerada. No se puede alumbrar con claridad cuando el corazón está gobernado por actitudes que pertenecen a la vieja naturaleza. La carne, cuando no es confrontada, no solo debilita el testimonio; lo eclipsa.

Hablar de la carne no es referirse meramente a debilidades humanas inevitables, sino a una manera de vivir centrada en el yo, en sus deseos, reacciones y defensas. Es una lógica que opera aun dentro de la vida religiosa, disfrazada de celo, de convicción o incluso de justicia. Por

eso resulta tan peligrosa: no siempre se manifiesta como pecado evidente, sino como actitudes internas que lentamente oscurecen la luz.

Los conflictos constantes, los rencores no resueltos, las envidias silenciosas y las ambiciones personales son expresiones claras de una carne que no ha sido llevada a la cruz. Estas actitudes no siempre se expresan de manera abierta; muchas veces se esconden detrás de sonrisas, lenguaje espiritual y aparente madurez. Sin embargo, su efecto es devastador. Donde la carne gobierna, la luz pierde claridad.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.”

Gálatas 5:17

El enojo persistente, por ejemplo, no es solo una reacción emocional; es una puerta abierta a la oscuridad interior. Un corazón dominado por el resentimiento no puede reflejar con fidelidad la luz de Cristo, porque esa luz es, en esencia, reconciliadora. El enojo no tratado endurece la mirada espiritual, distorsiona el discernimiento y convierte al creyente en juez antes que en testigo.

La contienda, tan común en muchos espacios cristianos, es otro síntoma de una carne activa. No toda discusión es contienda, pero toda contienda revela una lucha por imponer el yo. Cuando la verdad se defiende sin amor,

cuando la corrección se ejerce sin mansedumbre, cuando la firmeza se transforma en agresión, la carne ha tomado el control. Y donde la carne gobierna, la luz se vuelve hiriente en lugar de sanadora.

La envidia espiritual es especialmente peligrosa, porque suele justificarse con comparaciones aparentemente legítimas. Se observa el crecimiento de otros, el reconocimiento ajeno o el impacto de ciertos ministerios, y el corazón comienza a oscurecerse silenciosamente. La envidia no solo contamina al que la alberga; genera un ambiente donde la luz se fragmenta y la comunión se debilita.

Las ambiciones personales, cuando no son rendidas al Señor, también eclipsan la luz. No toda aspiración es carnal, pero toda ambición centrada en el yo lo es. El deseo de ser visto, reconocido, escuchado o seguido puede coexistir con lenguaje espiritual, pero su raíz es incompatible con el espíritu del Reino. Cristo no vino a afirmarse a sí mismo, sino a obedecer al Padre. Cualquier liderazgo que se construye desde la ambición personal terminará proyectando sombras.

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu.”

Romanos 8:5

Las personas difíciles y espiritualmente inmaduras no son, en sí mismas, el problema central. El verdadero problema surge cuando permitimos que su conducta

despierte en nosotros reacciones carnales. La luz no se mide por la ausencia de provocación, sino por la manera en que respondemos a ella. La carne siempre busca justificarse; la luz busca transformarse a sí misma antes de señalar a otros.

No se puede alumbrar desde la oscuridad interior. Esta afirmación, aunque fuerte, es profundamente liberadora. Nos recuerda que el llamado no es a aparentar luz, sino a permitir que Dios trate aquello que la bloquea. La restauración del testimonio no comienza corrigiendo conductas externas, sino rindiendo actitudes internas.

La carne no se disciplina; se crucifica. Intentar mejorar la carne solo la fortalece. Por eso, el Evangelio no propone reformas superficiales, sino muerte y resurrección. El yo no se pule; se rinde. Cada vez que el creyente intenta convivir con la carne en lugar de llevarla a la cruz, la luz pierde intensidad.

“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.”

Romanos 8:8

Este proceso no es instantáneo ni cómodo. Confrontar la carne duele, porque implica renunciar al derecho de tener la razón, de defenderse, de imponerse o de justificarse. Sin embargo, es en esa renuncia donde la luz vuelve a fluir con libertad. La cruz no apaga la vida; la libera.

Desde una perspectiva pastoral, este capítulo nos invita a una autoevaluación honesta. No para generar culpa, sino para abrir espacio a la restauración. Muchas veces, el cansancio espiritual, la pérdida de gozo y la sensación de estancamiento no son producto de ataques externos, sino de luchas internas no resueltas. Cuando la carne gobierna, la vida cristiana se vuelve pesada. Cuando Cristo gobierna, aun la confrontación produce descanso.

La Iglesia del tiempo presente necesita recuperar la valentía de tratar estos temas sin temor ni suavizaciones peligrosas. No para señalar, sino para sanar. Una comunidad que aprende a confrontar la carne con gracia y verdad se convierte en un espacio donde la luz se fortalece y el testimonio se restaura.

Este capítulo no llama a la perfección, sino a la honestidad. No invita a negar las luchas, sino a llevarlas a la luz. No propone una espiritualidad idealizada, sino una vida rendida al gobierno de Cristo en lo más profundo del corazón.

Cuando la carne es confrontada, la luz no solo vuelve a brillar; lo hace con mayor claridad. Porque una luz que ha atravesado la cruz no es frágil ni superficial. Es firme, humilde y profundamente redentora.

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.”

Gálatas 6:8

Capítulo ocho

TINIEBLAS DISFRAZADAS DE ESPIRITUALIDAD

“Pues desconociendo la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios.”

Romanos 10:3

No toda oscuridad se presenta de manera evidente. Algunas de las tinieblas más peligrosas no se manifiestan como oposición abierta a Dios, sino como una espiritualidad aparente que conserva el lenguaje correcto, las formas externas y hasta ciertos hábitos religiosos, pero ha perdido la comunión viva con la fuente de la luz. Estas tinieblas no niegan a Cristo de manera frontal; lo desplazan silenciosamente del centro.

La Escritura advierte repetidas veces sobre este tipo de engaño. No se trata de una falta total de conocimiento bíblico, sino de un conocimiento desconectado de la transformación. Es posible manejar conceptos espirituales elevados y, aun así, vivir lejos del corazón de Dios. Cuando la espiritualidad se

reduce a información, actividad o apariencia, la luz comienza a ser sustituida por una imitación que, aunque convincente, carece de vida.

El activismo religioso es una de las formas más comunes de este engaño. Se hacen muchas cosas para Dios, pero se pasa poco tiempo con Dios. Se confunde movimiento con comunión y agenda con obediencia. La actividad constante genera una sensación de productividad espiritual que anestesia la conciencia y evita las preguntas profundas. Sin embargo, una vida ocupada no garantiza una vida iluminada.

Este tipo de espiritualidad suele justificarse apelando a la urgencia de la obra, a las demandas del ministerio o a la necesidad de responder a los desafíos del tiempo presente. Pero cuando la comunión es sacrificada en el altar de la actividad, la luz se debilita aunque el sistema siga funcionando. La lámpara permanece encendida por inercia, no por aceite fresco.

Otra manifestación de tinieblas disfrazadas de luz es la apariencia de piedad sin dependencia real. Se conserva el lenguaje espiritual, se citan pasajes bíblicos, se sostienen posturas doctrinales correctas, pero el corazón ya no tiembla delante de Dios. La fe se vuelve mecánica, predecible y, finalmente, estéril. La luz deja de ser una presencia viva y se convierte en un concepto defendido.

Jesús confrontó con dureza este tipo de espiritualidad. No porque careciera de forma, sino porque carecía de vida. La apariencia de luz puede engañar a otros por un tiempo, pero no resiste la exposición prolongada de la verdad. Donde no hay comunión, tarde o temprano aparece la dureza, el orgullo espiritual o la falta de amor genuino.

El conocimiento bíblico, cuando no va acompañado de transformación, puede convertirse en otra forma de oscuridad. No porque la verdad sea dañina, sino porque el conocimiento sin obediencia endurece el corazón.

La Escritura fue dada para formar, no solo para informar. Cuando se usa como herramienta de debate, control o superioridad espiritual, pierde su función redentora y se transforma en un instrumento de juicio.

Esta es una de las paradojas más serias de la vida cristiana: se puede hablar mucho de luz y, sin embargo, caminar en tinieblas interiores. No por ignorancia, sino por resistencia al trato de Dios. La luz verdadera no solo revela al mundo; primero revela al corazón. Y cuando el creyente rehúye esa revelación, busca refugio en formas externas que lo protejan de la confrontación interna.

La sutileza del engaño espiritual radica en que no se presenta como maldad abierta, sino como una versión aceptable y funcional de la fe. No niega la verdad, pero la vacía de poder. No rechaza la espiritualidad, pero la domestica. El resultado es una Iglesia que conserva

estructura, lenguaje y tradición, pero ha perdido sensibilidad espiritual.

Este tipo de tinieblas es especialmente peligrosa porque genera resistencia a la corrección. Quien vive en un engaño evidente suele ser confrontado con facilidad. Pero quien vive en una espiritualidad aparente suele sentirse seguro, convencido de estar bien. La autosuficiencia espiritual es una de las señales más claras de que la comunión se ha debilitado.

La luz genuina produce humildad. Cuanto más cerca se está de la fuente, más consciente se es de la propia dependencia. En cambio, la espiritualidad falsa produce seguridad en uno mismo, rigidez doctrinal sin gracia y una constante necesidad de tener la razón. Estas actitudes no nacen de la luz, sino de un corazón que ha sustituido la comunión por el control.

La Iglesia del tiempo presente enfrenta este peligro de manera constante. En una era de información abundante, plataformas digitales y exposición continua, es fácil confundir visibilidad con unción y actividad con vida espiritual. El desafío no es hacer menos, sino volver a la fuente. No es abandonar la obra, sino reordenarla desde la comunión.

Este capítulo no busca desacreditar el servicio, el conocimiento ni la estructura, sino colocarlos en su lugar correcto. Todo lo que no fluye de la luz termina siendo una

sombra, aunque se presente como espiritual. La verdadera luz no necesita disfrazarse; se reconoce por su fruto, su humildad y su capacidad de transformar vidas.

La corrección bíblica frente a este engaño no es el aislamiento ni el rechazo del mundo, sino el retorno a una espiritualidad viva, centrada en Cristo. Cuando la comunión es restaurada, la actividad recupera sentido, el conocimiento se vuelve sabiduría y la apariencia es reemplazada por autenticidad.

Este capítulo nos confronta con una pregunta necesaria y saludable: ¿estamos viviendo de la luz o solo hablando de ella? La respuesta no se encuentra en la agenda ni en el discurso, sino en la intimidad. Allí donde nadie ve, allí donde no hay escenario, allí donde el corazón queda expuesto delante de Dios.

Las tinieblas disfrazadas de espiritualidad no se vencen con más información, sino con más comunión. No con más actividad, sino con más rendición. Y cuando la luz vuelve a ocupar su lugar central, la fe recupera su vitalidad y el testimonio vuelve a ser auténtico.

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 6:1

PARTE IV
LUMINARES Y
EL REINO DE DIOS
“La luz como expresión del Reino.”

Capítulo nueve

VIVIR REINO PARA ALUMBRAR CORRECTAMENTE

“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.”

Mateo 6:9 y 10

La luz que la Iglesia está llamada a manifestar no es autónoma ni neutral; tiene una procedencia, una naturaleza y una dirección claras. No toda luz que se presenta como espiritual proviene del Reino de Dios, ni todo lo que brilla comunica la verdad del Reino. Por eso, vivir como luminares exige algo más profundo que buena conducta o compromiso religioso: exige una vida gobernada por el Reino.

El Reino de Dios no es una idea abstracta ni un concepto teológico distante. Es la manifestación activa del gobierno de Dios sobre la vida humana. Donde el Reino se establece, hay orden, hay verdad y hay vida. Y donde ese gobierno es real, la luz fluye de manera correcta, sin distorsiones ni exageraciones. No se puede alumbrar

correctamente si no se vive correctamente bajo el señorío de Cristo.

Jesús no predicó un sistema religioso ni una ética aislada; anunció el Reino. Cada enseñanza, cada milagro y cada confrontación apuntaban a esta realidad: Dios reina. Y cuando Dios reina, las tinieblas retroceden. La luz del Reino no es solo reveladora; es transformadora. No se limita a mostrar lo que está mal, sino que introduce una nueva manera de vivir.

Uno de los grandes desafíos de la Iglesia contemporánea es que muchas veces intenta manifestar luz sin vivir Reino. Se enfatiza el testimonio externo sin afirmar el gobierno interno. Se habla de impacto social sin rendición espiritual. Pero la luz que no fluye desde el Reino termina siendo parcial, emocional o ideológica. Puede iluminar ciertos aspectos, pero no transformar profundamente.

Vivir Reino implica aceptar que Cristo no es solo Salvador, sino Señor. No solo redime el alma; gobierna la vida. Este señorío no es opresivo ni autoritario; es restaurador. Cuando Cristo gobierna, la vida recupera su alineación original. La luz que emana de una vida rendida no necesita imponerse, porque lleva autoridad espiritual.

La dependencia del Espíritu Santo es inseparable de una vida de Reino. El Reino no se construye con fuerza humana ni con estrategias meramente terrenales. Se manifiesta por el obrar del Espíritu, que guía, corrige,

consuela y capacita. Donde el Espíritu gobierna, la luz es clara, sobria y efectiva. Donde el Espíritu es desplazado, la luz se vuelve artificial.

Esta dependencia protege a la Iglesia de dos extremos peligrosos: el activismo sin vida y la espiritualidad desconectada de la realidad. El Reino no es pasividad ni escapismo; es presencia transformadora. Vivir Reino es vivir con discernimiento, entendiendo los tiempos, pero sin permitir que los tiempos gobiernen la fe.

La justicia, la verdad y la paz no son conceptos abstractos dentro del Reino; son expresiones concretas de su luz. La justicia del Reino no se basa en intereses humanos, sino en el carácter de Dios. La verdad del Reino no se ajusta a la opinión popular, sino a la revelación divina. La paz del Reino no depende de la ausencia de conflicto, sino de la presencia de Dios gobernando el corazón.

Cuando estas dimensiones están presentes, la luz se manifiesta con equilibrio. No se vuelve agresiva en nombre de la verdad, ni pasiva en nombre del amor. No negocia la justicia, pero tampoco pierde la paz. Esta armonía es una de las señales más claras de una vida verdaderamente gobernada por el Reino.

El Reino de Dios es, por naturaleza, la antítesis de las tinieblas. Donde el Reino avanza, la confusión retrocede. Donde el Reino se establece, el engaño pierde terreno. Por eso, la luz del Reino no necesita competir con la oscuridad;

simplemente la desplaza. No se desgasta reaccionando; se afirma gobernando.

“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.”

Juan 1:5

Vivir Reino también redefine la manera en que la Iglesia se relaciona con el mundo. No desde la superioridad ni desde la imitación, sino desde una autoridad servicial. El Reino no se impone por fuerza, pero tampoco se esconde por temor. Se manifiesta con firmeza, humildad y coherencia.

Este equilibrio es especialmente necesario en un tiempo donde las tinieblas se presentan de manera sofisticada, apelando a valores aparentemente nobles pero desconectados de la verdad. La Iglesia no puede responder a estas dinámicas solo con discursos; necesita una vida de Reino que evidencie otra forma de vivir, de decidir y de relacionarse.

Una vida de Reino produce una luz estable, no fluctuante. No depende del ánimo, del contexto ni de la aceptación externa. Permanece aun cuando es cuestionada, rechazada o incomprendida. Esta estabilidad es uno de los mayores testimonios en una generación marcada por la inconstancia y la fragmentación.

El llamado a vivir Reino no es exclusivo de líderes o ministerios visibles. Es una invitación a cada creyente a

permitir que el gobierno de Dios alcance todas las áreas de su vida. Allí donde Cristo reina, la luz fluye. Allí donde el yo gobierna, la luz se distorsiona.

Este capítulo afirma que la luz no es solo algo que se muestra, sino algo que se vive. Y solo puede vivirse correctamente cuando la vida está alineada con el Reino. No se trata de hacer cosas “para Dios”, sino de vivir en Cristo, permitiendo que Él haga lo que desee a través de nuestra vida. Sujetos con humildad al gobierno del Padre. No se trata de representar al Reino, sino de habitarlo.

Cuando la Iglesia vive Reino, la luz deja de ser un esfuerzo y se convierte en una consecuencia. No necesita estrategias para brillar; simplemente refleja el gobierno que la sostiene. Y esa luz, firme y verdadera, se convierte en una esperanza tangible para un mundo que no solo necesita ver claridad, sino experimentar transformación.

“Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones; entonces vendrá el fin.”

Mateo 24:14



Capítulo diez

LA LUZ QUE INCOMODA PERO GUÍA

“Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”

Juan 3:20

La luz verdadera nunca es indiferente. Allí donde se manifiesta con fidelidad, produce una reacción inevitable. Puede traer consuelo, dirección y esperanza, pero también incomodidad, resistencia y rechazo. Esta tensión no es un accidente ni un fracaso del testimonio cristiano; es una consecuencia natural de la confrontación entre la luz y las tinieblas. Pretender una luz que no incomode es desconocer la naturaleza misma del Evangelio.

Jesús no fue rechazado por falta de amor, sino precisamente por la claridad de su luz. Su vida reveló con tal nitidez el corazón del Padre que dejó al descubierto las intenciones humanas, los sistemas religiosos vacíos y las estructuras de poder que se sostenían en la oscuridad. La luz

no necesitó acusar; simplemente al estar presente, expuso. Y esa exposición generó una reacción.

El mundo suele tolerar una espiritualidad decorativa, privada y silenciosa, siempre que no confronte sus valores, decisiones o prioridades. Pero cuando la luz se manifiesta con coherencia y verdad, deja de ser cómoda. No porque sea agresiva, sino porque revela aquello que muchos prefieren no ver. La incomodidad no nace de la maldad de la luz, sino de la resistencia de las tinieblas.

Aquí la Iglesia enfrenta una tentación constante: atenuar la luz para evitar conflictos. Se suaviza el mensaje, se diluyen las convicciones, se ajusta el testimonio para hacerlo aceptable. Sin embargo, una luz adaptada pierde su capacidad redentora. Puede ser tolerada, pero deja de salvar. El Evangelio nunca fue diseñado para ser inofensivo, sino para ser transformador.

La reacción del mundo frente a la luz no debe sorprender al creyente. La Escritura advierte que quienes caminan en tinieblas no siempre celebrarán la claridad. Algunos se acercarán, atraídos por la verdad; otros se alejarán, incomodados por ella. La responsabilidad del creyente no es controlar la reacción, sino permanecer fiel a la fuente.

El rechazo, la oposición y la incomprensión no son señales automáticas de error espiritual, aunque siempre deben ser evaluadas con humildad. No todo conflicto es

persecución, pero tampoco toda incomodidad es falta de amor. La luz fiel produce fricción porque desafía narrativas falsas, estilos de vida destructivos y sistemas que se sostienen en la confusión.

En este punto, la perseverancia se vuelve esencial. Apagar la luz para evitar el rechazo es una forma sutil de negación. No siempre se reniega de Cristo con palabras; muchas veces se lo hace con silencios convenientes y concesiones progresivas. La fidelidad, en cambio, consiste en sostener la luz aun cuando el entorno presiona para apagarla.

Esta fidelidad no es arrogante ni provocadora. No busca el conflicto, pero tampoco lo evade a costa de la verdad. La luz que salva no grita, no humilla ni impone; permanece. Y en esa permanencia, se convierte en un testimonio poderoso. Muchos corazones no se transforman por un discurso contundente, sino por la constancia silenciosa de una vida fiel.

La historia de la Iglesia demuestra que las temporadas de mayor impacto espiritual no siempre coincidieron con aceptación social. Muchas veces, la luz brilló con más fuerza en medio de la oposición. No porque el sufrimiento sea deseable, sino porque la fidelidad en medio de la presión revela la autenticidad de la fe.

El creyente necesita discernimiento para no confundir valentía con dureza ni amor con concesión. La luz que incomoda debe seguir siendo una luz que salva. No se trata

de confrontar por confrontar, sino de reflejar a Cristo con tal claridad que otros puedan ver el camino hacia la vida, aun si al principio lo rechazan.

Aquí emerge una verdad magisterial profunda: no todos los frutos de la luz se ven de inmediato. Algunas semillas germinan en silencio, después de un tiempo. La incomodidad inicial puede convertirse, con el tiempo, en arrepentimiento, búsqueda y transformación. La fidelidad de hoy puede ser la salvación de mañana para alguien que, en el presente, resiste la luz.

Por eso, el llamado no es a medir el éxito del testimonio por la aceptación inmediata, sino por la fidelidad sostenida. La Iglesia no fue llamada a ser popular, sino fiel. Y esa fidelidad, aunque costosa, es profundamente fructífera en el Reino de Dios.

Este capítulo confronta el temor al rechazo que muchas veces paraliza al creyente. El miedo a perder relaciones, oportunidades o reconocimiento puede llevar a esconder la luz bajo un lenguaje ambiguo o una fe privada. Sin embargo, la luz que se esconde deja de cumplir su propósito. No porque Dios deje de obrar, sino porque el testimonio ha sido silenciado.

Al mismo tiempo, este llamado no es una invitación al aislamiento ni al espíritu de confrontación permanente. La luz no se regocija en la oposición; se duele por ella. No celebra el rechazo; persevera con amor. El objetivo no es

incomodar, sino salvar. Pero la salvación auténtica siempre pasa por la verdad.

La fidelidad, entonces, se convierte en el mayor testimonio. Permanecer cuando otros se rinden. Amar cuando otros rechazan. Servir cuando otros atacan. Guardar la verdad cuando otros la relativizan. Esta perseverancia no nace de la fortaleza humana, sino de una convicción profunda: la luz que recibimos es más valiosa que la aprobación que podríamos perder.

Este capítulo nos recuerda que el llamado a ser luminares incluye el costo de la incomodidad. No como un fin en sí mismo, sino como una consecuencia inevitable de vivir una fe genuina. La luz que incomoda no es una falla del Evangelio; es una evidencia de su poder.

Y, finalmente, afirma una esperanza firme: la misma luz que incomoda es la que salva. No hay otra. No hay atajos ni versiones suavizadas que produzcan vida eterna. Solo la luz de Cristo, manifestada con fidelidad, puede rescatar al ser humano de las tinieblas.

Sostener esa luz, aun en medio del rechazo, es uno de los actos más altos de amor. Porque amar no es evitar la incomodidad, sino señalar el camino hacia la vida, aunque ese camino pase primero por la confrontación de la verdad.

Seamos claros en esto, si somos hijos de la Luz, si somos la luz del mundo y no impartimos esa esencia, es

porque algo está mal. Tal vez tibieza espiritual, tal vez carnalidad, tal vez religiosidad, tal vez no estamos viviendo Reino, o tal vez estemos sufriendo la carencia de una buena comunión con el Espíritu Santo. En todos los casos, lo que debemos hacer es procurar ajustes que nos vuelvan a encender, porque solo así seremos de bendición para todo nuestro entorno, tal como Dios pretende.

***“Todo lo que se expone a la luz, se puede ver claramente,
y todo lo que se ve claramente se convierte en luz.”***

Efesios 5:13 (PDT)



PARTE V
LIDERAZGO Y
RESPONSABILIDAD
ESPIRITUAL

“Formando una Iglesia que alumbra.”

Capítulo once

EL LIDERAZGO AL SERVICIO DE LA LUZ

***“El fruto de la luz consiste en toda bondad,
Justicia y verdad.”***

Efesios 5:9

La manera en que una Iglesia alumbra está profundamente ligada a la forma en que es guiada. El liderazgo no es un elemento periférico en la manifestación de la luz, sino uno de sus principales canales o, en algunos casos, uno de sus mayores obstáculos. Allí donde el liderazgo refleja correctamente a Cristo, la luz fluye con libertad; donde el liderazgo se centra en sí mismo, la luz comienza a ser eclipsada.

El liderazgo según el Reino no existe para producir dependencia, sino madurez. No busca ocupar el centro, sino señalarlo. No compete con la luz; la sirve. Esta comprensión resulta esencial en un tiempo donde la figura del líder ha sido, muchas veces, sobredimensionada, expuesta y, en ocasiones,

idolatrada. Cuando el liderazgo se convierte en protagonista, el cuerpo pierde claridad.

Jesús redefinió el liderazgo desde su raíz. No lo presentó como una posición de poder, sino como una expresión de servicio. No lo vinculó con dominio, sino con entrega. El que guía en el Reino no se eleva por encima de los demás, sino que se coloca por debajo, sosteniendo, acompañando y formando. Esta lógica resulta profundamente contracultural, pero es la única que preserva la luz.

Un liderazgo que no vive bajo el señorío de Cristo corre el riesgo de eclipsar a los hermanos en lugar de iluminarlos. Cuando el líder busca validación personal, reconocimiento constante o control sobre las personas, la luz deja de ser compartida y comienza a ser monopolizada. En esos contextos, los creyentes aprenden a depender de figuras humanas en lugar de aprender a depender de Cristo.

El liderazgo sano, en cambio, forma discípulos, no seguidores. No genera admiración, sino imitación de Cristo. No concentra la espiritualidad en una voz, sino que la distribuye en el cuerpo. Su mayor éxito no es ser indispensable, sino volverse prescindible, porque ha formado creyentes maduros capaces de caminar en la luz por sí mismos.

Esta visión confronta modelos de liderazgo que, aunque eficaces en términos humanos, resultan peligrosos espiritualmente. El Reino no necesita líderes carismáticos

que opaquen al cuerpo, sino pastores y siervos que faciliten el crecimiento espiritual de los demás. Donde el liderazgo es sano, la Iglesia no gira alrededor de una persona, sino alrededor de Cristo.

Cristo debe ser el centro de toda reunión, de toda enseñanza y de toda expresión comunitaria. Cuando el liderazgo pierde este enfoque, incluso de manera sutil, la luz comienza a distorsionarse. No siempre se nota de inmediato. A veces, el cambio es progresivo: más énfasis en la imagen, más cuidado de la plataforma, más atención al impacto, menos espacio para la comunión profunda.

El liderazgo al servicio de la luz cuida especialmente el corazón. Sabe que la autoridad espiritual no se sostiene por posición, sino por carácter. Por eso, presta atención a su vida interior, a su relación con Dios y a la manera en que ejerce influencia. Un líder puede enseñar correctamente y, aun así, apagar la luz si su vida no respalda lo que comunica.

Formar discípulos implica tiempo, paciencia y renuncia al control. Es más fácil producir dependientes que formar maduros. Es más rápido atraer multitudes que acompañar procesos. Sin embargo, el liderazgo fiel elige el camino del Reino, aunque sea más lento y menos visible. Porque sabe que la luz duradera no se construye con atajos.

El liderazgo que sirve a la luz también aprende a no ocupar espacios que no le corresponden. Reconoce dones, afirma llamados y celebra el crecimiento de otros sin temor a

perder protagonismo. Donde hay seguridad en Cristo, no hay competencia. Donde hay identidad afirmada, no hay necesidad de eclipsar.

Este tipo de liderazgo crea una cultura espiritual saludable. Las personas crecen sin miedo, sirven sin presión y participan sin sentirse usadas. La luz se multiplica porque no está concentrada. El cuerpo funciona porque cada miembro es afirmado y cuidado.

La responsabilidad del liderazgo no es producir brillo artificial, sino cuidar la llama. No es forzar resultados, sino crear un ambiente donde la vida del Espíritu pueda fluir. Esto requiere discernimiento, humildad y una disposición constante a ser corregido por Dios.

En tiempos donde muchos líderes están agotados, presionados o tentados a abandonar el ministerio, este llamado resulta especialmente relevante. La carga no proviene del servicio en sí, sino de haberlo ejercido desde lugares equivocados. Cuando el liderazgo se vive como una vocación de servicio y no como una carga de desempeño, la luz vuelve a ser fuente de gozo.

Este capítulo invita a los líderes a una revisión honesta de su llamado. No para descalificar, sino para alinear. No para producir culpa, sino restauración. La Iglesia necesita líderes que vuelvan a servir a la luz, no a competir con ella.

Cuando el liderazgo se coloca correctamente bajo el señorío de Cristo, la Iglesia comienza a resplandecer de manera orgánica. No por estrategia, sino por salud espiritual. No por imposición, sino por coherencia.

Y entonces se cumple el propósito del liderazgo según el Reino: que Cristo sea visto, que los creyentes maduren y que la luz se multiplique sin ser retenida por nadie.

“Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo; por tu gran amor, sálvame.”

Salmo 31:16



Capítulo doce

UNA IGLESIA QUE RESPLANDECE EN EL MUNDO

“Tampoco se enciende una lámpara para cubrirla con una vasija. Por el contrario, se pone en el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa. Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben a su Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:15 y 16

La luz que Dios quiso manifestar en el mundo nunca estuvo pensada para depender de individualidades aisladas, sino de una comunidad redimida que vive bajo el gobierno de Cristo. La Iglesia no es simplemente un conjunto de creyentes que alumbran de manera personal; es un cuerpo espiritual llamado a reflejar colectivamente la gloria de Dios. Cuando la Iglesia comprende esta dimensión comunitaria del llamado, la luz deja de ser intermitente y se convierte en un testimonio estable y visible.

“Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad en lo alto de una montaña no puede esconderse.”

Mateo 5:14

Jesús describió a Su Iglesia como una ciudad asentada sobre un monte. Esta imagen no apunta a grandeza estructural ni a visibilidad artificial, sino a una presencia ineludible. Una ciudad en lo alto no necesita anunciarse; se ve. No se impone; se distingue. Su sola ubicación revela algo diferente. De la misma manera, una Iglesia que vive conforme al Reino no necesita esforzarse por destacar; su vida comunitaria comunica con claridad que hay otro gobierno operando en medio del mundo.

Una Iglesia que resplandece no es un escenario donde unos pocos brillan, sino una comunidad donde todos son afirmados para reflejar a Cristo. Cuando la luz se concentra en plataformas, figuras visibles o ministerios específicos, el cuerpo se debilita. Pero cuando la luz se distribuye, cuando cada creyente vive su llamado con responsabilidad y coherencia, la Iglesia se convierte en un faro colectivo que atraviesa la oscuridad.

Esta comprensión corrige una visión reducida del impacto espiritual. El Reino de Dios no avanza solo a través de eventos, campañas o expresiones públicas, sino mediante una vida comunitaria saludable que encarna el Evangelio en lo cotidiano. La manera en que la Iglesia ama, sirve, perdona, corrige y persevera se convierte en una proclamación viva del carácter de Dios.

La comunidad cristiana está llamada a ser un espacio donde la luz no se compite, sino que se comparte. Donde los dones no se exhiben para afirmación personal, sino que se ponen al servicio del bien común. Donde la madurez espiritual no genera superioridad, sino responsabilidad. En ese contexto, la Iglesia deja de ser un lugar de consumo espiritual y se transforma en un cuerpo que edifica y envía.

Una Iglesia que resplandece no vive para sí misma. Su luz no está orientada hacia adentro, sino hacia afuera. No existe para protegerse del mundo, sino para servirlo sin perder su identidad. Esta tensión es clave: estar en el mundo sin ser del mundo. No diluir la verdad para encajar, ni aislarse para preservarse. Permanecer fiel y presente.

El impacto espiritual auténtico no se mide por estadísticas, sino por transformación. Vidas restauradas, familias sanadas, creyentes maduros, líderes formados, comunidades que reflejan justicia, verdad y paz. Estos frutos no siempre son inmediatos ni espectaculares, pero son duraderos. Y lo duradero es una de las señales más claras de la luz del Reino.

La responsabilidad colectiva del testimonio implica que cada miembro del cuerpo comprende que su vida afecta la claridad de la luz comunitaria. La incoherencia personal no es solo un problema individual; debilita el testimonio de todos. De la misma manera, la fidelidad silenciosa de muchos creyentes sostiene la luz aun cuando no hay visibilidad pública.

Esta verdad confronta una espiritualidad individualista que desconecta al creyente del cuerpo. Nadie fue llamado a alumbrar solo. La comunión no es un accesorio de la fe; es parte esencial del diseño de Dios. En la comunión, la luz se cuida, se corrige y se multiplica. En el aislamiento, la luz se debilita, aun cuando la intención sea buena.

Una Iglesia que resplandece entiende que su mayor aporte al mundo no es la crítica constante, sino la manifestación de una vida distinta. No se define por lo que rechaza, sino por lo que encarna. No se conoce solo por sus posturas, sino por su carácter. La luz del Reino no se impone por confrontación permanente, sino que se afirma por coherencia persistente.

En un tiempo marcado por la desconfianza, la fragmentación y la confusión, una Iglesia saludable se convierte en un testimonio poderoso. No porque sea perfecta, sino porque es genuina. No porque no tenga conflictos, sino porque sabe tratarlos a la luz. No porque no falle, sino porque sabe arrepentirse, restaurarse y seguir caminando.

La Iglesia que resplandece no busca controlar el mundo ni dominar la cultura, sino servir con discernimiento. No se subordina a las tinieblas, pero tampoco se obsesiona con ellas. Su enfoque no está en reaccionar, sino en permanecer fiel al llamado recibido. Desde esa fidelidad, la luz fluye con autoridad espiritual.

Este capítulo cierra el desarrollo eclesiológico del libro recordándonos que el llamado a ser luminares no es solo personal ni solo ministerial, sino profundamente comunitario. Cristo no se refleja plenamente en individuos aislados, sino en un cuerpo unido, gobernado por Él y comprometido con la verdad.

Cuando la Iglesia vive de esta manera, se convierte en una señal visible del Reino de Dios en la tierra. No como un espectáculo, sino como una presencia constante. No como un refugio exclusivo, sino como una comunidad abierta que invita, recibe y transforma.

Así, la luz que comenzó en Cristo, reflejada en creyentes transformados, sostenida por un liderazgo sano y manifestada en una comunidad fiel, alcanza su expresión más plena: una Iglesia que resplandece en el mundo, no para su propia gloria, sino para que el nombre del Señor sea conocido y exaltado en medio de una generación necesitada de verdadera luz.

“Este es el mensaje que hemos oído de él y que anunciamos: Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad.”

1 Juan 1:5



EPÍLOGO

¡Levántate y resplandece que tu luz ha llegado!

¡La gloria del Señor brilla sobre ti!

Isaías 60:1

El llamado a ser luminares no es una consigna motivacional ni una metáfora inspiradora para tiempos difíciles. Es una vocación espiritual que nace en el corazón mismo del Evangelio. Dios nunca tuvo la intención de que su Iglesia se limitara a sobrevivir en medio de la oscuridad, ni que se replegara por temor, ni que se confundiera por adaptación. La llamó a resplandecer. No con luz propia, sino con la luz de Cristo reflejada en vidas transformadas.

A lo largo de este libro hemos visto que la luz no es una opción para algunos creyentes más comprometidos, ni una función exclusiva del liderazgo o del ministerio visible. Es la consecuencia inevitable de una vida rendida al señorío de Cristo. Donde Él reina, la luz se manifiesta. Donde Él es desplazado, aun de manera sutil, la claridad se pierde.

Vivimos tiempos urgentes. No solo por la oscuridad evidente del mundo, sino por la confusión espiritual que ha intentado normalizarla. Tinieblas presentadas como progreso, relativismo disfrazado de amor, espiritualidad sin cruz, fe sin Reino. En medio de este escenario, la Iglesia no puede darse el lujo de ser ambigua, superficial o incoherente.

El tiempo exige claridad, pero no dureza; firmeza, pero no arrogancia; verdad, pero siempre encarnada en amor.

Este libro no fue escrito para producir presión religiosa ni culpa espiritual. Fue escrito para despertar conciencia. Para recordar que la luz no se fabrica, no se actúa y no se negocia. Se recibe y se refleja. Para afirmar que el llamado a resplandecer no comienza con lo que hacemos, sino con quién gobierna nuestra vida.

Ser luminares no es brillar para ser vistos, sino vivir para que Cristo sea visto. No es destacar en medio de otros, sino señalar al Único digno de gloria. No es competir por intensidad espiritual, sino permanecer fieles en lo cotidiano. Muchas veces la luz más poderosa no es la más ruidosa, sino la más constante.

La Iglesia que el mundo necesita no es una Iglesia perfecta, sino una Iglesia auténtica. No una Iglesia que se esconda de la oscuridad, ni una que se confunda con ella, sino una que la atraviese con la luz del Reino. Una Iglesia que no apague su testimonio por temor al rechazo, ni lo distorsione para ganar aceptación. Una Iglesia que comprenda que la fidelidad siempre será más fructífera que la popularidad.

Cada creyente, desde su lugar, ha sido llamado a sostener esta luz. En la familia, en el trabajo, en la sociedad, en el servicio silencioso, en la perseverancia diaria. El Reino de Dios avanza muchas veces sin anuncios, sin plataformas

y sin aplausos, pero con una fuerza imparable cuando la luz se mantiene encendida en corazones rendidos.

La urgencia del tiempo presente no nos llama a correr desesperadamente, sino a caminar con discernimiento. No a hacer más cosas, sino a volver a la fuente. No a levantar nuevas estructuras, sino a afirmar fundamentos eternos. No a buscar brillo propio, sino a reflejar a Cristo con mayor fidelidad.

Este libro termina, pero el llamado continúa. No se trata de cerrar una lectura, sino de abrir una vida. La luz no fue dada para ser admirada, sino para ser vivida. Y mientras más oscura sea la noche, más necesario se vuelve un testimonio claro, sobrio y lleno de gracia.

Que no escondamos la luz por cansancio. Que no la apaguemos por miedo. Que no la distorsionemos por conveniencia. Que la cuidemos. Que la honremos. Que la reflejemos con toda dignidad.



Oración final:

Padre Eterno, nos dirigimos a Ti, en la persona de Jesucristo, la única Luz verdadera que vino a este mundo, para guiarnos hacia Ti...

Reconocemos que sin Ti nada podemos hacer y que toda claridad que hemos recibido proviene de Tu gracia y de tu amor...

Hoy rendimos nuevamente nuestra vida ante de Tu señorío, renunciando a toda luz artificial, a toda apariencia sin comunión, a todo activismo sin dependencia, a todo protagonismo que opaque Tu gloria...

Límpianos por dentro, trata aquello que ha eclipsado la luz, restaura la comunión que sostiene el testimonio y vuelve a encender en nosotros el gozo de vivir bajo Tu gobierno...

Haznos una Iglesia fiel en tiempos difíciles, sobria en medio de la confusión, humilde en la verdad y firme en el amor...

Que no apaguemos la luz por temor al rechazo, ni la diluyamos para encajar en la sociedad. Danos gracia para permanecer, discernimiento para caminar y valentía para reflejarte con fidelidad...

Que nuestras vidas, nuestras familias, nuestras comunidades y nuestro servicio sean un reflejo claro de Tu Reino...

Y que, en medio de esta generación, Tu nombre sea exaltado no por nuestras palabras solamente, sino por vidas transformadas hasta que Tú resplandezcas plenamente en nosotros...

Te lo pedimos en el poderoso nombre de Jesús ¡Amén!

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

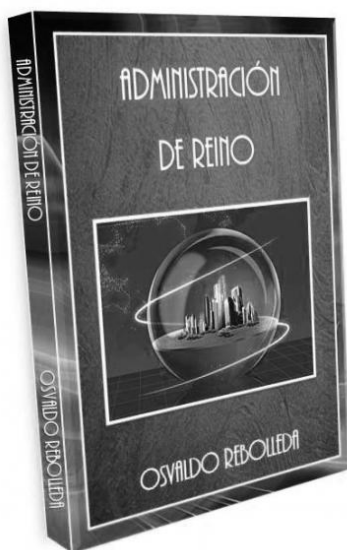
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

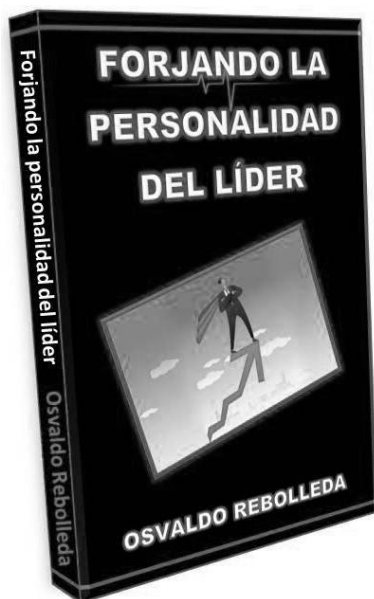
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

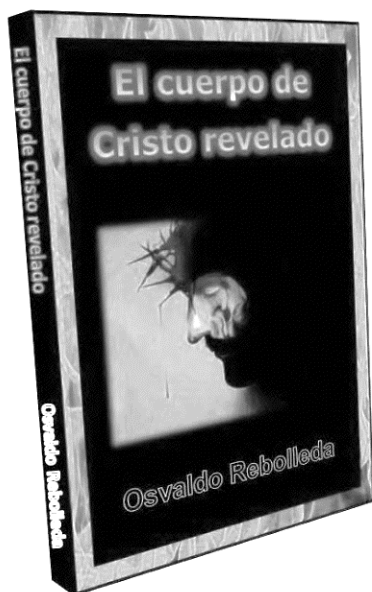
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

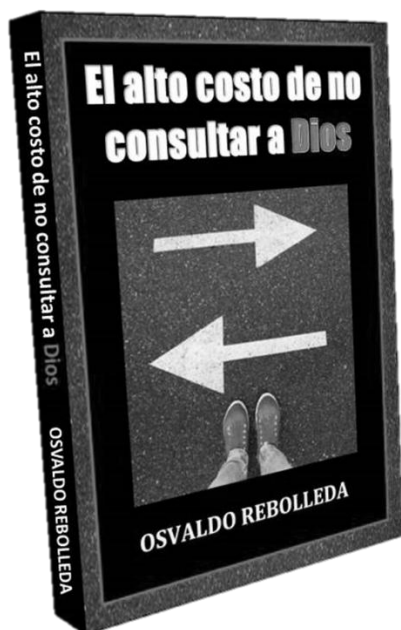


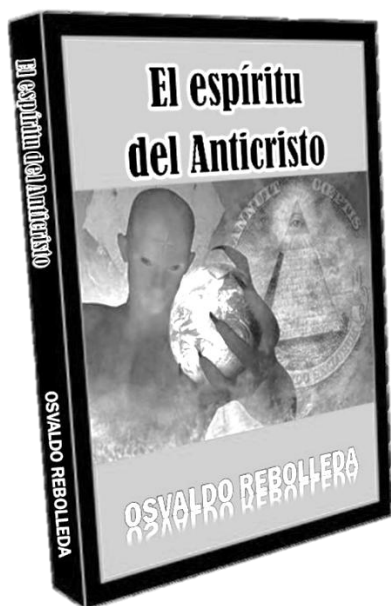
www.osvaldorebolleda.com



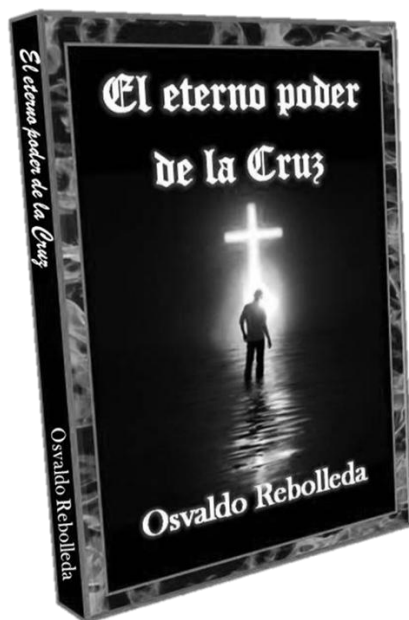
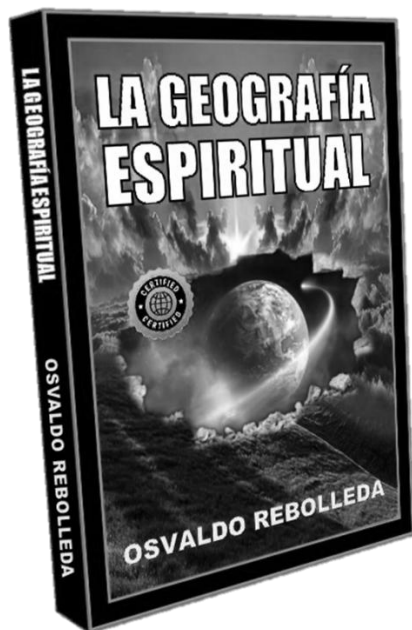


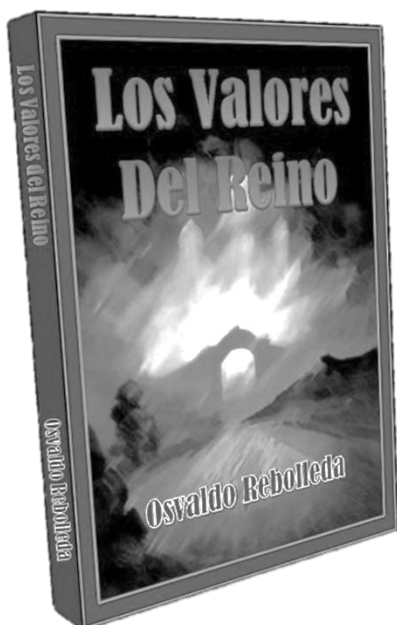
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

